

SENTIDO E IMPORTANCIA DE LAS MIGRACIONES EN UN MUNDO LÍQUIDO – EL TEMA DE LOS EXTRANJEROS EN EL PENSAMIENTO DE ZYGMUNT BAUMAN

.....

Jaime Ruiz de Santiago

Doctor en Filosofía y en Derecho; Profesor del Departamento de Estudios Generales del ITAM, Ciudad de México; ex Funcionario del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) durante 23 años.

RESUMEN

Se presenta el desarrollo que tiene el pensamiento de Zygmunt Bauman con relación al tema de las migraciones en la modernidad líquida, la propiedad que esta tiene de producir “vidas desperdiciadas”, consideradas como un peligro frente al cual los políticos prometen proteger, estableciendo una insalvable diferencia entre “los otros” y “los nuestros”, que rompe toda posibilidad de diálogo y cordialidad en la convivencia humana.

Palabras clave

Modernidad líquida; peligro; populismo; separación; solidaridad; responsabilidad moral; diálogo; globalización; migrantes; migración; capitalismo; extranjero.

ABSTRACT

This essay explains the development of Zygmunt Bauman's thought regarding the issue of migrations in liquid modernity. According to the author, the process of modernization has transformed the social dynamic through the property of producing “wasted lives”. The “surplus population” is considered a danger for some sectors of society and it is the government's responsibility to provide protection.

Keywords

Liquid modernity; danger; populism; separation; solidarity; moral responsibility; dialogue; globalization; migrants; migration; capitalism; foreigner.

La importancia y trascendencia que poseen las investigaciones de Zygmunt Bauman, fallecido en fecha reciente, son indudables. Sus tesis se caracterizan por su agudeza y por poner en evidencia aspectos fundamentales del momento en el que vivimos. Y por ello vale la pena destacar los principales aspectos que presenta su investigación con relación al tema de las migraciones y de los extranjeros en un momento en el cual este tema presenta una relevancia que presenta en cualquier parte de nuestro mundo. Sin exagerar, se puede decir que esta problemática posee una importancia global.

El fenómeno ha atraído la atención de nuestro pensador a lo largo del tiempo, lo que se percibe ya desde la publicación en 1998 de su estudio sobre *La globalización. Consecuencias humanas*¹. Algunos años después, en 2004, publicó ese importante estudio intitulado *Vidas desperdiciadas. La Modernidad y sus parias*², cuyas tesis fueron profundizadas en la obra, que fue originalmente una conferencia dictada en Barcelona y que llevó como título *Archipiélago de excepciones*³, la que a su vez fue continuada en ese pequeño estudio de 2005 intitulado *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*⁴. El tema fue de nuevo abordado en dos capítulos de esa obra fundamental, publicada dos años después, intitulada *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*⁵. Al tema se le dedica un capítulo de la obra *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*⁶, pero es tratado de manera directa y clara en su última publicación, intitulada *Extraños llamando a la puerta*⁷. Todo esto permite entender que el tema que nos interesa ha estado presente a todo lo largo de la producción de Zygmunt Bauman,

se ha ido precisando a través de sus diferentes temas y los recientes acontecimientos que se viven en Europa –pero que son muy similares a los que se presentan en otras latitudes- han sido el acicate que lo llevaron a escribir la última obra mencionada y a tener una presencia destacada en diferentes congresos y reuniones organizados a raíz de los mismos.

Una pieza fundamental en el origen de sus reflexiones lo constituye el tema de la globalización y de las consecuencias humanas que provoca. Esta realidad denominada globalización se caracteriza por la transformación radical del ser y de la misión del Estado. Este se constituyó a partir de los siglos XV y XVI, cuando comenzaron a derrumbarse los grandes imperios y aparecieron esas instituciones denominadas Estados, caracterizados fundamentalmente por lo que se conoce con el nombre de soberanía. El Estado fue concebido para llevar en sus manos las riendas del poder político, tomando las medidas necesarias para establecer líneas de acción o programas concretos que condujesen a la perfección de los individuos que lo integran y al establecimiento de la justicia en sus relaciones. El Estado fue concebido como una realidad que ayudase a los individuos a satisfacer sus necesidades y a realizar tareas que consideraba como propias, tales como el establecimiento de la justicia, la determinación del catálogo de delitos y de penas, la puesta en ejecución de un sistema educativo, la realización de una infraestructura material que permitiese vivir a los miembros de la sociedad (carreteras, sistema de agua, de luz, de desagüe, de transporte público, etc.). Fue lo propio del *Estado de bienestar (wellfare)*, que subsistió hasta el siglo XX.

A lo largo del siglo XX, a través de una serie de acontecimientos, esa concepción fue terminando y con ello llegó a fin lo que se conoce con el nombre de “modernidad”. Comenzaron a aparecer actores globales que le fueron quitando a los Estados lo que consideraban como tarea esencial y con ello éstos fueron perdiendo de manera paulatina pero inexorable el poder. El poder se trasladó a la esfera de los actores globales, no limitados a un determinado territorio, a la vez que los Estados eran simples títeres de los mismos. El dominio propio de esos actores globales es el de las finanzas, de la economía, de los capitales, que representan el auténtico poder en el mundo pos-moderno. “Debido a la difusión ilimitada e irrefrenable de las normas de libre

comercio y, sobre todo, al movimiento sin trabas del capital y las finanzas, la “economía” se libera progresivamente de todo control político; en verdad, el significado principal del término “economía” es “el área de lo no político”. Como en los buenos tiempos de antaño, lo que resta de la política queda en manos del Estado, pero a éste no se le permite entrometerse en la vida económica: ante cualquier intento de hacerlo, los mercados mundiales responden con medidas punitivas inmediatas y feroces”⁸.

La pos-modernidad se acompaña del pos-Estado, lo que ha sido repetidamente advertido por numerosos pensadores⁹, al tiempo que en nuestra época el número de Estados se multiplica de manera asombrosa¹⁰. Pero es fácil percibir que una gran mayoría son Estados débiles, casi fantasmagóricos, y que la totalidad se encuentra sometida al poder económico global.

Otra característica de nuestro mundo es que en él “todos vivimos en movimiento”¹¹, un movimiento físico o virtual gracias a las nuevas tecnologías, al internet, a las redes sociales, que nos transportan a gran velocidad a latitudes que pueden ser muy lejanas desde el punto de vista físico. Y se vive en movimiento de sociedades caracterizadas, devoradas, por el consumo. El ser consumidor se ha convertido en nota esencial de los seres humanos, para quienes el mismo vivir es consumir. Consumir a gran velocidad, ansiando lo que se anuncia como lo nuevo y que dará espacio a otras novedades. Y al poseer lo que se anunciaba como lo último, deja de satisfacer, se hace a un lado y se espera lo que sea nuevo. “Para el consumidor cabal y maduro, actuar de esa manera es una compulsión, una obligación. Pero esta “obligación”, esa presión interiorizada, esa imposibilidad de vivir la vida de otra manera, se le revela disfrazada de ejercicio del libre albedrío”¹². Sin embargo, si todos los miembros de la sociedad quieren ser consumidores, no todos lo pueden ser, pues la sociedad pronto distingue entre los que tienen capacidad económica y lo que no la tiene, entre “los de arriba” y “los de abajo”. Los primeros pueden moverse físicamente a donde quieran, son auténticos turistas, que se distinguen y se separan con claridad de aquellos que no tienen, que son obligados a moverse a donde pueden, pero no en calidad de turistas sin de simples vagabundos. “La aclamada “globalización” está estructurada para satisfacer los sueños y deseos de los turistas. Su efecto secundario -un efecto

colateral, pero inevitable- es la transformación de muchos más en vagabundos. Estos son viajeros a los que se les niega el derecho de transformarse en turistas. No se les permite quedarse quietos (no hay lugar que garantice su permanencia, el fin de la movilidad indeseable) ni buscar un lugar mejor”¹³.

De este modo, a partir de estas primeras tesis, Bauman asienta las bases para lo que sucederá aceleradamente a partir de esa primera época, es decir el aumento imparable y asustador del número de “vagabundos” secretados por la sociedad global de consumo, que se mueven sin cesar y se enfrentan con el hecho aterrador de que “los canales de desagüe se han bloqueado”.

Podría pensarse, acaso, que el problema reside más bien en el hecho de que quizá somos ya demasiados seres humanos en este planeta. A ello se refiere el título del capítulo segundo de *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, que sirve a Bauman para denunciar la falsedad de esta posición propia del neoliberalismo. “La “superpoblación” es una ficción de actuarios: un nombre en clave para la aparición de un número de gente que, en lugar de contribuir al suave funcionamiento de la economía, torna tanto más difícil la consecución, por no hablar de la subida, de los índices mediante los cuales se mide y evalúa el funcionamiento apropiado. Diríase que el número de dicha gente crece de manera incontrolable, aumentando continuamente los gastos pero nada los beneficios”¹⁴.

La globalización vivida en un mundo de consumo engendra natural y necesariamente un número creciente de vagabundos, de parias, de víctimas colaterales, que son significan una “población excedente”, excluida de los beneficios sociales, población superflua, descartable, que nada aportan desde el punto de vista de la producción material e intelectual, que son verdaderos parásitos del cuerpo social. Y Bauman señala que estos seres humanos son señalados cada vez más por la opinión pública y los medios de comunicación como engrosando el número de peticionantes de asilo y siendo verdaderos delincuentes, fuente de terroristas.

En estas circunstancias el Estado, atrapado en el movimiento de la globalización, carente cada vez más de poder político, se ve llevado a renunciar a sus finalidades de brindar protección a las necesidades humanas y, abdicando de esta tarea, entrega esta tarea a las leyes del mercado. De esta manera se inicia la privatización de

las que eran tareas esenciales del Estado de bienestar: privatización de la educación, de la salud pública, del orden en las calles e incluso de las prisiones, de los transportes públicos, de los medios de comunicación, del cuidado de los ancianos, del aprovisionamiento de la energía eléctrica e incluso, en casos ya extremos, hasta del agua.

En estas circunstancias, cuando el Estado tiene que justificar su existencia y finalidad, solo lo encuentra en el proporcionar seguridad a los ciudadanos en contra de los peligros que se puedan presentar. A los peligros reales pronto se suman aquellos que el Estado presenta también como verdaderos enemigos de la sociedad, entre los cuales se cuentan los inmigrantes, sobre todo los irregulares, los refugiados, los extranjeros vagabundo, que son vistos como delincuentes y terroristas.

El problema se presenta cuando se constata que esos “residuos humanos” ya no pueden ser eliminados en territorios “vacíos” o “de nadie”, y por ello los canales de desagüe de drenaje del excedente humano se han ya obstruido. Los Estados, sobre todo aquellos rezagados en la modernidad, se ven obligados a buscar soluciones locales a problemas que son en verdad globales. Entre esas soluciones “figuran las guerras y las masacres tribales, la proliferación de guerrillas (con frecuencia poco más que cuadrillas de bandidos) muy ocupadas en diezmar mutuamente sus tropas, si bien absorbiendo o aniquilando mientras tanto el “excedente de población” (sobre todo a los jóvenes, incapacitados para trabajar en casa y sin perspectivas): en resumidas cuentas, un “colonialismo de vecindario” o un “imperialismo de pobres”. A centenares de miles de personas se les expulsa de sus casas, se les asesina o se las obliga a buscarse la vida allende las fronteras de su país”¹⁵. Y Bauman añade: “Quizá la única industria próspera en los países de los rezagados (tortuosa y engañosamente apodados “países en vías de desarrollo”) es la producción masiva de refugiados”¹⁶.

Estas son las ideas que aparecen en las primeras páginas de *Archipiélago de excepciones*, que son profundizadas en el desarrollo de la obra. En ellas expone que los refugiados en concreto revelan “lo desconocido” que existe en nosotros, que ellos hacen sentir los horrores de guerras lejanas, el hedor de hogares saqueados y de pueblos exterminados,

lo cual manifiesta “a los establecidos con qué facilidad el refugio de la rutina segura y familiar (segura *por* lo familiar) en la que se amparan podría verse resquebrajado o aplastado y cuán engañosa debe de ser la seguridad de su “establecimiento”¹⁷. El resultado ha sido –y esto se escribe hace ya más de diez años– que Europa “y sus avanzadas de ultramar (como los Estados Unidos o Australia) parecen buscar respuesta a esos problemas que les eran desconocidos hasta hace poco con políticas igualmente novedosas y casi nunca llevadas a la práctica en la historia europea, dirigidas hacia el interior y no hacia el exterior, centrípetas en vez de centrífugas, implosivas en lugar de explosivas, como la reducción de gastos, el repliegue en sí mismos, la construcción de vallas y alambradas rematas con una red de aparatos de rayos X y de cámaras de circuito cerrado de televisión, el despliegue de más agentes en las cabinas de control de inmigración y naturalización, la reclusión de los refugiados en campamentos estrechamente vigilados y aislados, y el freno a la entrada de nuevos inquilinos potenciales de éstos antes de que tengan oportunidad de reclamar su condición de refugiados o de solicitantes de asilo”¹⁸.

Los “desechos” humanos del mundo globalizado, “los descartables” se encuentran también en las prisiones: se aumenta el número de delitos, las prisiones sufren hacinamientos de inquilinos, los delincuentes son considerados “intrínsecamente malvados y perversos”, las sentencias se vuelven cada vez más duras y prolongadas... A esta categoría se asimilan los solicitantes de asilo y refugiados. De este modo se erosiona todo sentimiento de solidaridad y de compasión por aquellos seres humanos que sufren y requieren protección. Pero los Estados localizan con claridad a los enemigos a combatir y contra los cuales debe garantizar a sus ciudadanos una vida de seguridad y tranquilidad.

Se dismantela y destruye así la idea de un “Estado social”, y los políticos se guardan bien de emitir promesas para defender y asegurar a los ciudadanos frente a la exclusión y el rechazo. Ahora se trata de proteger a los ciudadanos de los nuevos peligros y amenazas, que son descritos con el más oscuro de los colores. “La nueva demanda popular de un poder estatal fuerte capaz de resucitar las desvanecidas esperanzas de protección social –respaldada por ese Estado– frente a la relegación del desecho, está

cimentada sobre la base de la vulnerabilidad y la seguridad *personales*, en lugar de la precariedad y la protección *sociales*”¹⁹.

La advertencia y descripción de los peligros que amenazan la seguridad personal de los ciudadanos –en especial esos seres humanos presentados como delincuentes y terroristas– permiten obtener, además, un gran capital comercial. Lo que se ha hecho es que “se ha dejado en manos de los individuos la búsqueda, la detección y la puesta en práctica de soluciones individuales a problemas socialmente producidos”²⁰. Se llega a un mundo en el cual la sociedad ya no se encuentra protegida por el Estado y en las cuales la inseguridad y la incertidumbre nacen de la sensación de impotencia.

Todo esto se vive concretamente en las ciudades, en donde los ciudadanos se ven cada vez más obligados a vivir con extranjeros. Es lo que se analiza en esa pequeña obra publicada en 2005: *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Son las ciudades las que “se han convertido en el vertedero de problemas de origen mundial”²¹. Es en ellas donde la persona se encuentra constantemente con desconocidos y esos sitios son fuente permanente de temor y angustia, incluso de violencia que estalla en algunos momentos. En los desconocidos encontrados se pueden advertir intenciones que se pueden adivinar, pero que nunca se conocen con certeza.

En las ciudades las diferencias sociales y económicas se acentúan: las clases poderosas tienden a aislarse, a encerrarse en sitios que les son reservados y en los cuales se sienten seguras. A ese efecto se levantan barreras, se construyen bardas, se colocan cámaras, se contratan servicios de control de entradas y salidas...todo ello a fin de evitar el contacto con los desconocidos y posibles intrusos. Se genera esa reacción “previsible y generalizada ante lo inconcebible” que es la *mixofobia*: “A medida que se va estableciendo el multilingüismo y la diversidad cultural en el ambiente urbano propios de la era de la globalización, fenómeno que seguramente se intensificará con el tiempo, en vez de declinar, las tensiones que comporta la humillante/perturbadora/irritante extrañeza de la situación seguirá provocando, con toda probabilidad, impulsos segregacionistas”²².

Bauman hace notar que esta separación física de quienes se juzgan extraños y peligrosos,

en vez de aliviar la tensión y la mixofobia, las potencia, hace más fuerte y resulta totalmente ineficaz. Esto porque quienes “han olvidado o no han querido desarrollar las habilidades necesarias para vivir en medio de la diversidad, no es de extrañar que a tales personas les horrorice cada vez más la perspectiva de toparse cara a cara con los extranjeros”²³.

Pero si las ciudades pueden generar sentimientos de *mixofobia*, también los pueden generar de *mixofilia*. Por ello las ciudades son fuente de profundos contrastes en las reacciones, de sentimientos opuestos, de extrañeza y fascinación, de repulsa y enamoramiento. “La mixofobia y la mixofilia coexisten en todas las ciudades, pero también se hallan en el interior de todas las personas que habitan en ella. Hay que reconocer que se trata de una coexistencia precaria y revuelta, pero que tiene mucha importancia para las personas que son víctimas de los sentimientos encontrados propios de la modernidad líquida”²⁴.

Lo que provoca la mixofobia es la segregación de las zonas residenciales y de los espacios abiertos al público, de modo que las soluciones que aparentemente se proponen son causa de los problemas que dicen resolver. Así “la paranoia mixofóbica es un círculo vicioso que actúa como una profecía que lleva en sí el germen de su cumplimiento. Si se ofrece y se acepta la segregación como si fuera un remedio radical para el peligro que representan los extranjeros, la convivencia con ellos se vuelve más difícil cada día”²⁵.

La solución a esa aversión a los extraños, a la mixofobia, asienta Bauman, es exactamente la opuesta a aquella que se suele proponer: no a la separación y al alejamiento, sino a diseños urbanísticos que faciliten el encuentro y el acercamiento, espacios urbanos abiertos y hospitalarios, en donde las personas puedan tener el placer de acudir y compartir. Podemos anotar que ya las ciudades medievales conocieron la tentación de la construcción de torres cada vez más altas y aisladas, que separaban del pueblo y marcaban el poder de los ricos. Su resultado fue siempre un ambiente de separación y violencia. Fueron una triste profecía de lo que se realiza con frecuencia en nuestros días.

El día de hoy se ha ido más lejos: si en el pasado las ciudades constituían el refugio donde los habitantes eran acogidos y brindaban seguridad, el día de hoy acontece todo lo

contrario: las ciudades se han convertido en la causa de los peligros que se pretenden evitar. Si antes eran los espacios residenciales los que se amurallaban, ahora son las ciudades y los países. Estos espacios se llenan de cámaras y de policías, de vallas y controles. “lo malo es que, además de la inseguridad, es posible que también desaparezcan de las calles las principales atracciones de la vida urbana, como la espontaneidad, la flexibilidad, la capacidad para sorprender y ofrecer aventura. El sustituto de la inseguridad no es el éxtasis de la calma sino la maldición del aburrimiento”²⁶.

La obra de Bauman obliga a reflexionar acerca de las características que deben ofrecer los espacios urbanos, sitios donde los desconocidos se encuentran y donde la vida urbana, distinta de otras colectividades, tiene su máxima expresión, con sus tradicionales alegrías y tristezas, sus expectativas y frustraciones, sus esperanzas y desilusiones. Y nuestro autor cita las palabras de Nan Ellin, analista agudo de las tendencias urbanísticas de nuestros días, quien dice que “Al permitir que prospere la diversidad (de personas, actividades y credos)”, el espacio público posibilita la integración (o la reintegración) “sin destruir las diferencias; en realidad las celebra. El miedo y la inseguridad se van calmando gracias a la preservación de la diferencia y al hecho de poder moverse uno a sus anchas por la ciudad”²⁷.

Más que nunca es un desafío que requiere ser atendido y resuelto de manera adecuado: la construcción de ciudades que permitan a la persona humana alcanzar su perfección en el encuentro con ella misma y con los demás. No se debe olvidar que ellas representan el campo de batalla en donde se enfrentan la mixofobia y la mixofilia, haciendo todo lo posible para que la primera se reduzca y la segunda pueda prevalecer. Es en las ciudades donde los seres humanos deben encontrarse no como enemigos sino como vecinos, donde se deben desarrollar no espacios de lucha y enfrentamiento, sino lugares de encuentro y diálogo, espacios no de violencia y choque, sino de descubrimiento de los otros y ayuda mutua. “La sociedad humana es distinta de un rebaño de animales porque alguien puede sostenerte; es distinta porque es capaz de convivir con inválidos, hasta el punto de que históricamente podría decirse que la sociedad humana nació junto con la compasión y con el cuidado de los demás, cualidades sólo humanas. La preocupación de hoy en día se

centra en este punto: trasladar esta compasión y esta atención a escala planetaria (...) No alcanzo a pensar en nada que sea más importante que esto. Tenemos que empezar por aquí”²⁸.

Esta tarea se vuelve más apremiante gracias a la obra que Bauman publicó en el año 2007: *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Como ya dijimos, esta obra dedica dos capítulos a la temática que nos interesa. El primero de ellos, *La humanidad en movimiento*, vuelve sobre tres ideas ya presentes en obras anteriores: a) el hecho de que el capitalismo global de nuestros días produce una masa cada vez mayor de seres humanos superfluos. Estos se enfrentan a la obstrucción de los viejos desagües que permitían en el pasado su eliminación y la ausencia de nuevos para suprimir los desperdicios humanos. Debido a ello la línea que en las ciudades separa a los miembros “útiles” y “sanos” de la sociedad de aquellos otros que “están de más” y son “superfluos” pierde su claridad. “En lugar de seguir siendo una desgracia limitada a una parte relativamente pequeña de la población, como solía percibirse, la consignación como “desperdicios” se convierte en la perspectiva potencial de todos”²⁹; b) el mundo capitalista de Occidente, mundo “desarrollado”, estimula la producción de un número cada vez mayor de desperdicios humanos, no solo por el desmantelamiento de las estructuras estatales de bienestar sino también llevando a cabo guerras de globalización, desestabilizando un número creciente de sociedades. Se provocan entonces millones de migrantes que siguen los caminos que eran transitados en el pasado por la “población excedente”, “despedida de los viveros de la modernidad, sólo que esta vez van en dirección contraria (...). Las dimensiones reales de dicha consecuencia, así como sus repercusiones, aún tendrán que elucidarse y captarse en sus múltiples repercusiones”³⁰. El número de refugiados en campamentos aumenta sin que se pueda percibir en el horizonte el fin de su situación, de modo que se vuelve corriente hablar de “situaciones procrastinadas de refugiados”, expresión eufemística con la cual se quiere expresar que tales situaciones existen de manera indefinida. Es el caso no sólo de los refugiados palestinos sino también la de muchos otros millones que se encuentran en el Medio Oriente, en Asia y África. Los refugiados que se encuentran en tales campamentos “están separados del resto del país que les acoge por un velo de sospecha y resentimiento, invisible pero

tupido e impenetrable. Están suspendidos en un vacío espacial en el que el tiempo poco a poco se ha ido deteniendo. No están instalados ni desplazados, no son sedentarios ni nómadas”³¹; c) esta evolución propia de la modernidad líquida va acompañada de un Estado que ha dejado de ser “social” para transformarse en un Estado de “justicia criminal”, “penal”, fundado en “el control de la delincuencia”, un Estado “excluyente”. Los Estados cierran sus fronteras, levantan vallas y barreras, se atrincheran y tienden a convertirse en auténticas fortalezas. Las causas de estos fenómenos tienen una raíz común: “la propagación global de la forma de vida moderna, que ha alcanzado a estas alturas los límites más remotos del planeta”³².

En el segundo de los capítulos de nuestro interés, *Separados, pero juntos*, Bauman presenta nuevamente la idea de que en las ciudades de la modernidad, se encuentran los miembros “sanos” de la sociedad y también los “superfluos”, provocando esas dos posibles reacciones que son la mixofobia y la mixofilia. Insiste una vez más en la necesidad de volver a los centros urbanos en lugares de encuentro y diálogo y no de enemistad y confrontación. “Las ciudades contemporáneas son el escenario o el campo de batalla donde los poderes globales y los sentidos e identidades, obstinadamente locales, se encuentran, chocan, luchan y buscan un acuerdo satisfactorio, o al menos soportable, una modalidad de convivencia que pueda ser una paz duradera, pero que por lo general sólo resulta un armisticio, breves intervalos para reparar las defensas dañadas y volver a desplegar las unidades de combate”³³. Las ciudades son los lugares donde se presentan los problemas que han sido producidos globalmente, lo que explica que la política local, y en particular la urbana, se encuentre enormemente sobrecargada. Pero las ciudades “pueden verse también como laboratorios en los que los modos y las maneras de vivir con la diferencia, que todavía tienen que aprender los habitantes de un planeta cada vez más superpoblado, se inventa día a día, se prueban, memorizan y asimilan”³⁴.

Algunos años después de *Tiempos líquidos* apareció *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, que permite a nuestro autor ahondar en la temática que nos interesa, sobre todo en el capítulo intitulado ¿Son peligrosos los extraños? Una de las ideas básicas expuesta en esta obra es aquella de la naturaleza

securitaria que debe cumplir el Estado en la modernidad para asegurar su legitimidad. Para lograr su propósito basta referirse ante todo a la vulnerabilidad e inseguridad que conoce la existencia humana. Junto a las causas naturales que las explican, la modernidad líquida las hace más profundas a causa de las fuerzas del mercado, que se distinguen por su carácter caprichoso e imprevisible. Este hecho va a conocer una aguda dramatización gracias a otros medios que superan tal inseguridad causada por el mercado. Ese medio que maneja el Estado como una amenaza que se cierne sobre los ciudadanos y cuyos contornos son imprecisos pero muy amenazantes está representado por los delincuentes y los inmigrantes irregulares, categorías que se tiende a identificar.

Bauman menciona diversas campañas electorales en las cuales los candidatos han usado este argumento que parece ser inmejorable para ganar votos. Tal ha sido el caso del enfrentamiento que se dio entre Chirac y Jospin en Francia en 2002, en el discurso electoral que manejó el sucesor de Chirac, Nicolás Sarkozy, el manejado en Portugal por el político Paulo Portas, en Dinamarca por el Partido Popular de Pia Kiersgaard, por Umberto Bossi en Italia, por el Partido del Progreso en Noruega, por el Frente Nacional de Marine Le Pen, del mismo modo, puede añadirse en épocas más recientes (la obra de Bauman data del año 2011) fue un argumento decisivo que supo ser muy bien manejado por quienes buscaban el Brexit de la Gran Bretaña. Más tarde es el argumento en el cual no dejó de manejar Donald Trump en los Estados Unidos primero como candidato y el día de hoy como presidente de uno de los Estados más poderosos. Uno puede estar seguro de que esto se extenderá como reguero de pólvora.

Así Bauman escribe que “el estado de alerta es permanente: se proclaman peligros que acechan a la vuelta de la próxima esquina, filtrándose y rezumando desde campamentos terroristas enmascarados como escuelas y congegaciones religiosas musulmanas, desde *banlieues* poblados de inmigrantes, desde calles miserables infestadas de marginales, desde “barrios peligrosos” incurablemente contaminados de violencia, desde zonas urbanas intransitables, desde las intenciones de pedófilos y otros depravados que andan sueltos, de los mendigos insistentes, de las bandas de menores

sedientos de sangre, de los merodeadores y los acosadores...”³⁵.

Tales amenazas resultan muy útiles y traen como consecuencia que el día de hoy el mundo se perciba como menos seguro que hace diez o quince años. Los políticos se encargan de conducir –dicen– a un rápido retorno a las condiciones de seguridad... lo que permitirá, pueden añadir, la reconquista de la grandeza perdida de la nación.

Mas, asienta nuestro autor, “las preocupaciones por la seguridad y las motivaciones éticas tienen fines opuestos en principio: las perspectivas de seguridad y la intensidad de las intenciones éticas están en pugna”³⁶. Es la oposición que existe entre la conflictividad y la comunión, la tendencia a separar y excluir, que es propio de la primera, en contra de la tendencia unificadora que caracteriza la segunda. La seguridad busca encontrar riesgos y suprimirlos, detectando fuentes de inseguridad para eliminarlas de manera “preventiva”, fuentes que no se encuentran incluidas en el universo de la obligación moral porque a los individuos o grupos humanos detectados se les niega el carácter de personas humanas y son considerados como simples objetos a eliminar. Naturalmente con ellos no cabe ninguna posibilidad de diálogo.

Y es aquí donde Bauman recuerda la doctrina de Emmanuel Levinas y su enseñanza relativa al “Otro”. El mundo de las obligaciones morales cubre totalmente al “Otro”, y la exclusión del último equivale a borrarlo del primero. Los delincuentes, los migrantes “ilegales”, los descartables... todos ellos están situados fuera del círculo de responsabilidad moral, del mismo modo que los judíos, los gitanos y los homosexuales carecían de humanidad para el nacional socialismo, quienes ejercían respecto de ellos una acción puramente sanitaria. Con relación a ellos, se dice, no cabe un discurso ético, son *adifóricos*, en el lenguaje de nuestro autor.

“Una vez *despojado* el Otro de “rostro”, su debilidad invita a la violencia con naturalidad y sin esfuerzo, a la inversa de lo que ocurre cuando el rostro está *puesto* y la misma debilidad abre una extensión infinita para la capacidad ética de socorro y cuidado”³⁷. Es a partir de estas páginas que Zygmunt Bauman, uniéndose a las voces de Emmanuel Levinas, Martín Buber, Manuel Mounier, Jacques Maritain, y tantos otros, se

convierte en la lúcida conciencia de nuestro tiempo. Al tiempo que sus análisis brillantes de los “daños colaterales” producidos por la modernidad líquida, su discurso se presenta como una defensa vibrante y apasionada de la persona humana, con independencia de la situación en la que se encuentre. Es más: mientras más golpeada por esa modernidad, que le considere como una “vida desperdiciada”, un “descartable”, más se debe insistir en el rostro humano y en la responsabilidad moral que respecto de él existe.

Pero, por desgracia, las obsesiones por la seguridad son inagotables y una vez que son acogidas y propagadas no existe manera de detenerlas. Víctima de este miedo irracional son los extraños, que encarnan lo incierto y lo impredecible, los cuales serán segregados y separados en las mismas ciudades, como ya se ha visto. Y aunque la tendencia a crear “comunidades cerradas”, a vaciar las calles, a crear recintos amurallados, se inició en los Estados Unidos, el día de hoy se ha propagado a numerosos países de la América Latina y de Europa.

La conclusión del capítulo establece que “quizás el efecto más pernicioso, seminal y duradero de la obsesión por la seguridad (el “daño colateral” que ésta perpetra) sea la socavación de la confianza mutua, así como la siembra y reproducción de la sospecha recíproca. Cuando falta la confianza, se trazan fronteras, y cuando se siembra la sospecha, las fronteras se fortifican con prejuicios mutuos y se reciclan en frentes de batalla”³⁸.

Naturalmente el dilema que se plantea es si queremos vivir en un mundo de recelo y desconfianza o de apertura y solidaridad con los demás. El desafío al que nos enfrentamos consiste en hacer ver “la necesidad de aportar cantidades enormes de buena voluntad, dedicación, disposición al compromiso, respeto mutuo y un rechazo compartido a toda forma de humillación humana”³⁹.

Las bases estaban suficientemente preparadas para que nuestro autor dedicase toda una obra, la última de su vida, a ese gran desafío que se siente vivamente en todos los países del mundo constituido por los *Extraños llamando a la puerta*⁴⁰.

La obra implica una toma de posición frente a los interrogantes que ha planteado para Europa la irrupción en su territorio de un

movimiento masivo de migrantes proveniente no sólo de Siria sino también de otros países como Eritrea, Afganistán, Libia, etc. Tal realidad permite a Bauman reflexionar de manera precisa y fundada sobre uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo, con la convicción de que “es improbable que las migraciones masivas vayan a remitir”⁴¹. El tratamiento del tema lo realiza en seis capítulos.

El primero de ellos, *El pánico migratorio y sus (malos) usos*, presenta puntos básicos: 1) ante todo que la irrupción en Europa de esas migraciones masivas ha causado un verdadero “pánico moral”, que significa el temor existente en un gran número de personas que están embargadas por el sentimiento de que se encuentran amenazadas por un gran mal. Este vivo sentimiento de precariedad hace que no exista ya ningún recuerdo de las grandes crisis de refugiados, que, sin embargo, son muy cercanas en el tiempo, como por ejemplo aquella representada por los sudaneses o de los afganos en Australia. Ya frente a ellas los Estados habían reaccionado con medidas inauditas, tales como aquella tomada precisamente por Australia (y en esto siguió una idea sugerida para Europa por Tony Blair, el entonces primer ministro de la Gran Bretaña. Este planteó la posibilidad de enviar fuera de las fronteras de la Unión Europea a los solicitantes de asilo a países a los cuales se les pagaría por esa tarea), que ha decidido derivar a los solicitantes de asilo que pretendan llegar a su territorio a islas –como la isla de Nauru o la de Manus– que se encuentran fuera de su territorio⁴². Pero todo esto ha sido olvidado frente a la crisis que enfrenta Europa; 2) al número ya importante de “personas superfluas” generadas a causa del progreso económico, “se han añadido las consecuencias de la profunda desestabilización (sin visos de solución, según parece) de la región de Oriente Próximo y Medio a raíz de las mal calculadas, temerariamente cortas de miras y, reconozcámoslo, frustradas políticas y aventuras militares de las potencias occidentales en la zona”⁴³. El número de solicitantes de asilo y refugiados ha aumentado, además, a causa del creciente número de Estado que se derrumban, al igual que de territorios que, para efectos prácticos, son ya países sin Estado y en los cuales sólo prevalece la violencia, el desorden y “un bandidaje sin descanso”; 3) las migraciones masivas que se contemplan en nuestros días sólo podrán cesar en el momento en que se ataquen las causas que las provocan,

es decir, las terribles desigualdades que existen entre “el mundo desarrollado” y aquel otro “en desarrollo”.

Entre tanto, sobre todo en las ciudades, del “mundo desarrollado”, se viven grandes ansiedades y miedos, de modo que Alberto Nardelli, periodista del periódico británico *The Guardian*, informaba el 11 de diciembre de 2015, que “cerca del 40 por ciento de los europeos mencionan la inmigración como el problema más preocupante al que se enfrenta la Unión Europea, un porcentaje superior al de cualquier otro”⁴⁴. Se comprende así que el éxito del *Brexit* en Gran Bretaña haya sido mayoritariamente causado por estos miedos experimentados frente al fenómeno; 4) estos movimientos integrados por un precariado emergente no puede menos de hacer nacer en los ciudadanos la impresión de que en cualquier momento pueden “perder sus preciados y envidiables logros, posesiones y posición social”⁴⁵. Es cierto, esos grupos nómadas hacen recordar “de manera irritante, exasperante y hasta horripilante”, la fragilidad de nuestra situación y del bienestar que “tan fatigosamente” se ha conquistado. Aunque nada se puede hacer contra las fuerzas globales que han provocado esos movimientos “sí podemos al menos desviar las iras que nos han provocado y nos continúan provocando, y descargar nuestra cólera –indirectamente– sobre quienes, siendo productos de esas fuerzas, tenemos más a mano y a nuestro alcance. Con ello, desde luego, no nos acercaremos lo más mínimo a la raíz del problema, pero tal vez nos aliviemos -durante un tiempo, al menos- de la humillación de nuestro desvalimiento y nuestra incapacidad para resistir la anuladora precariedad de nuestro propio lugar en el mundo”⁴⁶. Estas afirmaciones de Bauman recuerdan y son una perfecta aplicación de las tesis de René Girard sobre la necesidad del sacrificio necesario del “chivo expiatorio” – en este caso los extranjeros que llaman a la puerta-para restablecer el orden social⁴⁷; 5) sin embargo hay algo que debemos tener muy claro, señala Bauman, y es que, las políticas de crear muros en lugar de puentes, de rechazar en lugar de aceptar y dialogar, son “políticas suicidas que no sirven más que para acumular carga explosiva para una futura detonación. Así que también debe quedar muy clara una conclusión que se extrae de todo ello: la única vía de salida de los desasosiegos presentes y de las aflicciones futuras pasa por rechazar las traicioneras tentaciones de la separación; en vez de negarnos

a afrontar las realidades de los desafíos que plantea esta época nuestra de “un planeta, una humanidad” lavándose las manos y aislándonos de fastidiosas diferencias, disimilitudes y alejamientos autoimpuestos, debemos buscar ocasiones para entrar en estrecho y cada vez más íntimo contacto con ellas, con la esperanza de que de ello resulte una *fusión* de horizontes, en vez de la *fisión* (inducida y artificiosa, pero también autoexacerbada) de los mismos”⁴⁸. Sí, la única solución real que existe es la *solidaridad* entre los seres humanos; 6) el capítulo que tratamos termina recordando la figura del papa Francisco, quien es “una de las poquísimas figuras públicas que nos ha alertado de los peligros de emular el gesto de Poncio Pilato de lavarnos las manos ante las consecuencias de las vicisitudes actuales, de las que todos somos, simultáneamente y en mayor o menor grado, víctimas y culpables”⁴⁹. Recuerda nuestro autor algunas palabras pronunciadas por el Pontífice durante su visita a Lampedusa el 8 de junio de 2013, lugar donde se inició el presente “pánico moral” y su consiguiente debacle moral: “Hay que hacerse una pregunta: ¿quién es el responsable de la sangre de estas hermanas y hermanos nuestros? ¡Nadie! Esa es nuestra respuesta (...) Hemos perdido el sentido de la responsabilidad hacia nuestros hermanos y hermanas”⁵⁰. El papa Francisco finalizó pidiendo al Señor la gracia de “llorar por nuestra indiferencia, por la crueldad de nuestro mundo, de nuestros propios corazones y de todos aquellos que, desde el anonimato, toman decisiones sociales y económicas que abren la puerta a situaciones trágicas como ésta”⁵¹. El Papa añadió una interrogante dramática: “¿Ha llorado alguien? ¿Ha llorado alguien hoy en nuestro mundo?”⁵².

El capítulo segundo, *Inseguridad a la deriva en busca de un ancla*, explora otro aspecto de la cuestión. Esta se refiere a una consecuencia realizada a partir de la *seguridad* en la cual los seres humanos queremos vivir, la tranquilidad en la existencia de la cual deseamos gozar, y que va a ser aprovechada por los gobernante “en caída” para fortalecer su popularidad y poder. Esta deriva que conduce a lo que nuestro autor denomina *securitización* se realiza ya con claridad en diversos Estados de la Unión Europea. “La *securitización* es un truco de prestidigitador, calculado para ser solo eso; consiste en desplazar la preocupación ciudadana de problemas que los gobiernos son incapaces de manejar (o que no están dispuestos siquiera a intentar manejar)

hacia otros problemas en los que sí sea visible su compromiso y la efectividad (ocasional) de su gestión⁵³. Esta técnica está lejos de ser usada únicamente en el continente europeo, lo es igualmente, e incluso más, en el nuestro propio y en nuestro propio país. México ha sido testigo de cómo es astutamente empleada por sus gobernantes para distraer de problemas que son muy urgentes –como la corrupción o la violencia cada vez más generalizada–, creando “cortinas de humo” o haciendo centrar la atención en otro tipo de problemáticas frente a las cuales tales autoridades se muestran diligentes, “eficientes” y bien dispuestas a resolver.

Pero Bauman se refiere a los casos del presidente Hollande (Francia) y del primer ministro Viktor Orbán (Hungría), cuya popularidad ha aumentado de manera considerable cuando han alertado y luchado contra los inmigrantes irregulares, rápidamente calificados de delincuentes y de terroristas. Se ha llegado a violar flagrantemente las grandes convenciones internacionales sobre los refugiados cuando se ha decidido, por ejemplo, y es el caso más reciente en Hungría, a enviar a la prisión y de manera inmediata a cualquier inmigrante irregular. Con ello la irregularidad en la estancia en un país extranjero es calificada por éste último no como una falta administrativa sino como un delito, y peor aún: a la persona así declarada “delincuente” se le considera automáticamente de “sospechosa de ser terrorista”. A este recurso acudió el entonces primer ministro italiano Berlusconi para elevar su prestigio. Tales medidas eran usadas, se decía, para dar “seguridad” a los ciudadanos. Bauman recuerda las palabras escritas por un periodista norteamericano, Roger Cohen, en el *New York Times*, con relación a un tema diferente: “las grandes mentiras producen grandes miedos que producen a su vez grandes ansias de *hombres fuertes*”⁵⁴. La frase usada por el ministro húngaro Orbán resume la cuestión: “todos los terroristas son migrantes”.

Y existe otra consecuencia importante de este proceso de *securitización*: al establecer la equivalencia migrantes irregulares=delincuentes=terroristas, se coloca a éstos fuera del universo moral, respecto de los cuales no existe responsabilidad moral. Ellos no merecen compasión, ni solidaridad, ni ayuda: son el peligro a evitar, la amenaza a suprimir. Se trata de una manipulación del lenguaje que,

como lo ha indicado recientemente Antonio Augusto Cançado Trindade – Juez de la Corte Internacional de Justicia – prepara y acompaña temibles violaciones de derechos humanos⁵⁵.

Todo ello posee tres intenciones diferentes: la primera de ellas ha sido la de crear un sentimiento anti-islámico en toda Europa, de manera tal que se llega a identificar a cualquier persona musulmana como inductores del delito: “culpables de él antes incluso de que se haya cometido crimen alguno, partícipes de la corrupción y de la delincuencia”⁵⁶. Se ha creado así un estereotipo de nefastas consecuencias: al modo como los españoles son vistos en muchas ocasiones solo como bailadores de flamenco, o los gitanos como ladrones o los mexicanos como sentados y durmiendo, cubiertos de un amplio sombrero que cobija su descanso, recostados al lado de un enorme cactus. La segunda intención ha sido la de romper toda posible comunicación entre los migrantes y los países que les reciben, haciendo mínimas las posibilidades de que se les pueda integrar. La tercera intención ha sido crear un verdadero estigma en el grupo “de los que tocan a la puerta”, de tal modo que se les produce un sentimiento de vergüenza y de humillación insuperable, que fácilmente se convierte, en el grupo estigmatizado, en un sentimiento de venganza y revancha, lo que contribuye decididamente a la radicalización de los jóvenes musulmanes que se encuentran en Europa. La única solución posible, establece Bauman, es la de la inclusión e integración social en los países que les reciben. “Yo diría que esa es una conclusión que exige de nosotros una elevada atención permanente y una acción tan urgente como resuelta”⁵⁷.

Es en el tercer capítulo de la obra, *Por la senda de los hombres (o las mujeres) fuertes*, donde Bauman se refiere explícitamente a Donald Trump, en ese entonces candidato a la presidencia de los Estados Unidos, quien representa el fantasma que “nació (al más puro estilo de Afrodita surgiendo de las espumosas aguas del mar Egeo) de la ansiedad que abruma a “la gran clase media estadounidense”, afectada actualmente por unas probabilidades “terriblemente elevadas” de “caer en la pobreza”⁵⁸. Lo que expresan esos nuevos “hombres (o mujeres) fuertes” a través de discursos agresivos pero pegadizos, es el deseo de volver a ser un país fuerte, de reconquistar la grandeza perdida, con la promesa –ilusión

pero que prende como chispa en troncos secos-de volver a ese estado, promisorio e idílico, en un lapso de tiempo breve, muy corto. Olvidan recordar que en la nueva situación en que se vive, los seres humanos se encuentran abandonados a sus solas fuerzas y que los nuevos “poderes que rigen desde allá en lo alto se desentienden del deber de hacer que las vidas sean vivibles, se privatizan las incertidumbres de la existencia humana”⁵⁹. Quien se encuentra en el poder se encuentra muy ocupado fortaleciendo la incertidumbre existencial que ha hecho surgir y que es necesario fortalecer y hacer crecer. Tal incertidumbre está alimentada, entre otros motivos y como ya dijimos, por “los extraños que llaman a la puerta”. Y Bauman recuerda a Eric Hobsbawm, quien escribe que “la reacción xenófoba o racista de la población autóctona en los países o regiones de acogida ante la afluencia masiva de “extranjeros” es, por desgracia, un fenómeno ya familiar en Estados Unidos desde la década de 1890, como lo es también en Europa Occidental desde la de 1960. Pero la xenofobia y el racismo son síntomas, no remedios. En las sociedades modernas, las comunidades y los grupos étnicos están condenados a coexistir, sea cual sea la retórica de quienes sueñan con la vuelta a una nación sin mezclas”⁶⁰. En cualquier sociedad urbanizada, subraya el gran historiador inglés, nos encontramos con extranjeros separados de sus países originales y que nos recuerdan la fragilidad o el progresivo debilitamiento de nuestras raíces familiares.

Es el mismo Eric Hobsbawm quien recuerda, en su estudio sobre *Naciones y nacionalismo desde 1780*, que poner las esperanzas en un hombre (o mujer) fuerte que aparezca como ser providencial que sea el salvador, equivale a buscar a alguien que sea “combativa y agresivamente nacionalista: alguien que prometa dejar fuera el planeta globalizado, cerrar unas puertas que perdieron hace mucho tiempo sus bisagras (más bien, las rompimos) y que, precisamente por ello, son totalmente inútiles”⁶¹.

Lo que realmente hace una gran falta es una “conciencia cosmopolita” correspondiente a nuestra propia condición cosmopolita y, lo que es más grave, en ella también se carece de las instituciones políticas capaces de responder a las nuevas condiciones.

No existe mejor manera de describir la situación que al presente vivimos.

El capítulo 4, *Juntos y apiñados*, comienza recordando que el día de hoy ya no existan tierras vacías en donde habitar y que por ello vivimos “una situación que hace que la elección entre la supervivencia y la extinción dependa de nuestra capacidad para vivir “uno junto al otro” en paz, solidaridad y cooperación mutuas, entre extraños que pueden tener opiniones y preferencias similares a las nuestras... o no”⁶².

Y aquí cabe una pequeña digresión: al hacer la reseña de una obra anterior de Bauman, ¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?, señalaba que en ella el autor va más allá de la simple descripción del fenómeno estudiado para descubrir las raíces filosóficas más profundas de las relaciones humanas líquidas que caracteriza la sociedad de nuestros días. Su análisis se profundiza al señalar, además, el remedio que juzga adecuado para dar solución a tal realidad⁶³. Esto mismo debe decirse con relación a lo que Bauman establece en el capítulo que nos ocupa: va más allá de la simple descripción de las características que presenta el fenómeno para establecer los fundamentos filosófico-jurídicos de la migración general y señala los remedios que juzga adecuados (y necesarios) para resolver los problemas que el fenómeno presenta en la modernidad líquida.

Hace lo primero precisar los fundamentos jurídico-filosóficos de la migración recordando las tesis que Emanuel Kant afirma en su obra *La Paz Perpetua*⁶⁴. Señala Kant que la construcción de “la paz perpetua” requiere que los Estados libres formen una federación y que deben someter sus diferendos no a través de la guerra sino gracias a un sistema federado por el que se sometan “a leyes políticas y a una coacción legal” y de este modo se une la idea de la federación con aquella de derecho de gentes. Ello conduce a reconocer el derecho a una “ciudadanía mundial” que “debe limitarse a las condiciones de una universal hospitalidad (...) Significa hospitalidad el derecho de un extranjero a no recibir un trato hostil por el mero hecho de ser llegado al territorio de otro”⁶⁵. Este derecho, pues no se trata de pura filantropía, se basa, dice Kant, “en la común posesión de la superficie de la tierra (...) ya que originariamente nadie tiene mejor derecho que otro a estar en determinado lugar del planeta”⁶⁶. Este derecho puede y ha sido abusado cuando las naciones se han servido de este pretexto para conquistar, saquear y aprovecharse de pueblos y tierras extrañas. “Y

esto lo hacen naciones que alardean de devotas y que, anegadas en iniquidades, quieren pasar plaza de elegidas en achaques de ortodoxia⁶⁷.

Con estas afirmaciones, que establecen a la hospitalidad en lugar de la hostilidad como clave de buenas relaciones con extranjeros, Kant se sitúa en la rica línea iniciada por Francisco de Vitoria O. P., uno del fundadores del Derecho Internacional, quien hablaba del derecho de la sociedad natural y comunicación, fundamento del derecho de libre circulación y de comercio, todo ello basado en la consideración del destino universal de los bienes, lo que explica y justifica aquellos bienes que constituyen el patrimonio común de la humanidad.

Todo ello implica que la consideración de los extranjeros, de los migrantes, implica siempre una consideración estrictamente moral... la cual evidentemente desaparece cuando se les niega el carácter de seres humanos. Esto es frecuente en nuestros días, por lo que Hannah Arendt, citada por Bauman, pensaba que "el único nuevo principio moral proclamado en la época moderna resulta ser, no la afirmación de nuevos valores, sino la negación de la moral como tal"⁶⁸. A ese proceso que elimina la dimensión moral en este caso de las relaciones e interacciones humanas, Bauman lo conoce, como ya dijimos, con el nombre de *adiaforización*.

A esta *adiaforización* debemos resueltamente oponernos, dice Bauman, porque equivale a negar la línea de aquello que separa el bien del mal y vaciar de sentido nuestra propia responsabilidad. No se debe aceptar poner fronteras entre grupos humanos que implican responsabilidades morales de otros grupos que carecen de ellos, la dolorosa separación entre "nosotros" y "ellos". Esto significa deshumanizar a quienes no son parte de "los nuestros" y a quienes se les descalifica como seres humanos al usar un lenguaje que tiene tal objetivo: se les llama migrantes ilegales o denominaciones aún más despreciativas. El capítulo se cierra recordando, a modo de ejemplo, al comisionado de Agricultura del rico estado de Texas, Sid Miller, y a quien "no se le ocurre nada mejor que comparar a los refugiados sirios con serpientes de cascabel cuando cuelga en su Facebook imágenes de dichos ofidios junto a otras de refugiados con la siguiente pregunta: ¿Sabrían decirme cuáles de estos bichos no les morderían? Su superior jerárquico, el gobernador Greg Abbott, declara a los periodistas que "no

podemos permitirnos ser caritativos con unos pocos a costa de comprometer la seguridad de todos"⁶⁹. Ello al lado de una periodista autora de un artículo intitulado: "¿Barcos de rescate? Yo usaría lanchas cañoneras para parar a los migrantes?"⁷⁰, y a quienes también calificaba de "cucarachas" o "humanos salvajes".

El capítulo quinto, sumamente breve, *Problemáticos, molestos, indeseados, inadmisibles*, destaca la importancia que en la agenda de los países ricos está teniendo el crear fronteras, cuyo principal objetivo es mantener alejados a los pobres indeseados, usando todos los objetivos para devolver a sus países de origen incluso a los peticionantes de asilo. Con ello no se tratan de resolver las causas de la pobre y de la marginación sino tan solo de reforzar la seguridad interna de tales países.

Y es en el capítulo sexto, *Las raíces del odio: ¿antropológicas o temporales?*, Bauman se eleva de nuevo a la reflexión filosófica al insistir en la importancia que tiene la "ley moral en mí", que, conforme a lo que recuerda Kant, nos revela el mundo propiamente humano que se encuentra por encima de la animalidad y del mundo sensible. Lo propio del ser humano es la dimensión moral. El individuo tiene como tarea esencial el hacer que la voluntad se someta a la misma. Ello implica la posición de un acto libre, en el cual la voluntad se auto-determine y se someta al dictado de la razón. Pero en la posición de ese acto libre la voluntad se encuentra acompañado de muchos "otros" que la pueden llevar a actuar en dirección contraria. Es toda la importancia del medio social en el cual se vive, de la opinión pública, de los intereses y conveniencias. Los gobiernos y los medios masivos de comunicación tratarán de conducir a la voluntad individual a aquello que ellos juzgan conveniente. El día de hoy "el imperativo categórico [moral] entra en confrontación directa con el miedo a "lo desconocido", personificado por las masas de extraños congregados a nuestras puertas. El miedo impulsivo provocado por la visión de esos extranjeros portadores de peligros inescrutables entabla combate con el impulso moral activado por la visión del sufrimiento humano. Difícilmente será nunca más formidable el reto que tenga que afrontar la moral en su pretensión de persuadir a la voluntad para que esta se oponga a sus órdenes, y difícilmente será nunca más atroz ese empeño de la voluntad por hacer oídos sordos a las

órdenes de la moral”⁷¹. El peso y responsabilidad de los políticos se muestra como decisivo.

En páginas de profunda claridad el autor se refiere nuevamente al entonces candidato a la presidencia norteamericano caracterizado por su “sinistra retórica de odio racial y religioso”, que actúa erosionando peligrosamente los lazos comunitarios y desmantelando colectivos integrados, para dejarlos abandonados a la soledad de sus individualidades aisladas, que fácilmente pueden ser manipulados para sumirlas en un mundo hobbesiano de guerra de todos contra todos. Son fruto fácil para hacerles creer que sus “victimizadores” son los recién llegados, que “la gran amenaza” son “los otros” frente a los cuales solo cabe construir murallas y fronteras.

La disyuntiva se hace ineludible: la posibilidad de la apertura al otro y a su encuentro, que conduce al diálogo “que aspira, si no a un acuerdo incondicional, sí a un entendimiento mutuo”⁷², o bien –y es la otra opción- al rechazo y a la condena del otro, al aislamiento y al estéril monólogo.

La conclusión de la obra es clara y aplastante: “Del mismo modo que solo podemos

saber bien de qué hablamos si lo hemos vivido, solo podremos saber que la conversación es la vía directa hacia al entendimiento mutuo, la consideración recíproca y, en último término, el acuerdo (aun si este se reduce a “estar de acuerdo en que no lo estamos”) si entablamos esa conversación y la mantenemos con vistas a sortear conjuntamente los obstáculos que sin duda surgirán en su recorrido. Sean cual sean esos escollos, y por inmensos que se nos puedan antojar, la conversación seguiría siendo *la* vía directa al acuerdo y, por ende, a la coexistencia pacífica, mutuamente beneficiosa, cooperativa y solidaria, simplemente porque no tiene competidores para tal cometido y, por consiguiente, ninguna opción alternativa viable”⁷³.

En otras palabras: frente a los otros solo cabe construir puentes o muros, entablar un diálogo o encerrarnos en un estéril monólogo, tratar de vivir humanamente o hundirnos en la inhumanidad, afirmar un discurso de amor o predicar aquel otro del odio. Pero “el otro” es inevitable.

NOTAS

1. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, 171 pp.
2. Ed. Paidós, Barcelona, 2004, 171 pp.
3. Ed. Katz, Madrid, 2008, 134 pp.
4. Ed. Arcadia, Barcelona, 2006, 77 pp. El título original de este libro es *Fiducia e paura nella città*, Paravia Bruno Mondadori Editori, Milan, 2005.
5. Ed. Tusquets México, México, 2009, 190 pp. El original en inglés apareció dos años antes, en 2007.
6. Fondo de Cultura Económica, México, 2011, 233 pp.
7. Ed. Paidós, Barcelona, 2016, 111 pp.
8. *La globalización. Consecuencias humanas*, op. cit., pp. 89-90.
9. Entre otros, de manera lúcida, por Jürgen Habermans, sobre todo en su obra *Après l'état-nation*, Librairie Arthème Fayard/Pluriel, 2000, 157 pp.
10. Baste recordar que al nacer la ONU en 1945 la Asamblea General se componía de 51 Estados, en tanto que el día de hoy, 2017, se compone de un total de 193 Estados, lo que significa que en unos 70 años el número de Estados se ha casi cuadruplicado.
11. *La globalización. Consecuencias humanas*, op. cit. p. 103.
12. Ibid., p. 111.
13. Ibid., p. 122.
14. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, op. cit., p. 57.
15. Idem., pp. 96-97.
16. Idem., p. 97.
17. *Archipiélago de excepciones*, op. cit., p. 51.
18. Idem., pp. 51-52.
19. Idem., pp. 81-82.
20. Idem., p. 96.
21. *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*, op. cit., p. 27.
22. Idem., pp. 32-33.
23. Idem., p. 35.
24. Idem., p. 36.
25. Idem., p. 38.
26. Idem., p. 54.
27. Idem., p. 57.
28. Idem., p. 74.
29. *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, op. cit., p. 49.
30. Idem., p. 53.
31. Idem., p. 68.
32. Idem., p. 79.
33. Idem., p. 116.
34. Idem., p. 131.
35. *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, op. cit., p. 80.
36. Idem., p. 83.
37. Idem., p. 84.
38. Idem., p. 99.
39. Idem., p. 100.
40. Obra aparecida pocos meses antes de su sentido fallecimiento, ocurrido el 9 de enero de 2017.
41. *Extraños llamando a la puerta*, op. cit., p. 12.
42. El pasado mes de abril el periódico *El País* informaba, por otra parte, de diversos abusos cometidos en tales centros de detención (según el Consejo de Refugiados de Australia –siempre de acuerdo con el informe periodístico, en los últimos tres años ha habido 33 asaltos sexuales, 67 abusos a niños y hasta siete muertes) con el agravante de que –y esto es lo más escandaloso– el país castiga con dos años de prisión a los empleados que se atrevan a denunciar tales abusos (*El País*, 16 de abril de 2016, p. 44).
43. Zygmunt Bauman, op. cit., p. 11.
44. Cit. por Zygmunt Bauman en op. cit., p. 16.
45. Idem., p. 20.
46. Idem., p. 22.
47. Cfr. Jaime Ruiz de Santiago, *Violencia y pobreza en la sociedad actual*, Revista Estudios, ITAM, México, vol. XIII, n. 114, especialmente pp. 96-101.
48. Idem., p. 23.
49. Idem., p. 25.
50. Cit. por Zygmunt Bauman en *Extraños llamando a la puerta*, idem
51. Idem.

52. Idem
53. Idem., pp. 32-33.
54. Cit. por Zygmunt Bauman en op. cit., p. 35.
55. Antonio Augusto Cançado Trindade, *State Responsibility in Cases of Massacres*, Netherlands Institute of Human Rights, Utrecht, 2011, pp. 1-71; Antonio Augusto Cançado Trindade, *La Responsabilidad del Estado en Casos de Masacres – Dificultades y Avances Contemporáneos en la Justicia Internacional*, México, Edit. Porrúa/Escuela Libre de Derecho, 2018, pp.1-104.
56. Idem., p. 40.
57. Idem., p. 45.
58. Idem., p. 47.
59. Idem., p. 57.
60. Cit. por Zygmunt Bauman en op., cit., p. 60.
61. Idem., p. 62.
62. Idem., p. 67.
63. Jaime Ruiz de Santiago, reseña a ¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?, en revista Estudios, vol. XIV, núm. 118, ITAM, México, p. 195.
64. Emanuel Kant, *La Paz Perpetua*, 16 edición, Porrúa México, 2013.
65. Op. cit., p. 259.
66. Idem.
67. Idem., p. 261.
68. Cit. por Zygmunt Bauman en op. cit., p. 72.
69. Idem., p. 79.
70. Idem., p. 80.
71. Idem., pp. 95-96.
72. Idem., p. 101.
73. Idem., pp. 103-104.

